

á los combates por patria y raza, como á los duelos y lamentaciones de sus dolores, como á la glorificación de sus esperanzas. Indudablemente provendrá la influencia ejercida por la Biblia sobre nosotros de la educación religiosa que todos hemos recibido: respira el humano espíritu á diario ideas y pensamientos múltiples, por sus intuiciones, por sus creencias domésticas, por sus costumbres nacionales, como respiran las aves, no sólo por sus pulmones, sino también por sus plumas. Y si averiguáramos el génesis de nuestros pensamientos, veríamos cuál número de ideas íntimas y de formas bellas provienen de lo escuchado á diario en las iglesias, de lo en familia leído sobre los libros religiosos y los viejos diccionarios del hogar. Lo cierto es que persona ni cosa ninguna en el mundo nos habla del dolor, y de la muerte, y de la eternidad, consiguiendo escalfriarnos, como los acentos de Job llagado sobre su inmundo estercolero; por ninguna ciudad sentimos en el planeta, ni aun por aquellas que llevamos dentro del alma, el dolor experimentado al ver en los trenos de Jeremías, Jerusalen plañéndose desolada como pobre viuda sobre cenizas y abrojos; ninguno de los cánticos antiguos, ni aun los griegos y perfectos, pueden movernos como los misereres que oímos, cuando el tenebrario se apaga en los divinos oficios, y dentro del

templo convertido en catafalco hablan las tinieblas. Nosotros contamos todavía con los dedos en familia las antiguas semanas de Daniel; nosotros vemos pasar en las ráfagas del viento, por las nubes amontonadas en el tope de las cordilleras, al ruido y vapor que alzan los despeñados torrentes, sobre las reverberaciones del día en su cuna y del sol en su ocaso, aquellas visiones del sublime inspirado Ezequiel, que nos evoca en los versículos de sus libros la imagen misma de Dios; y hasta en las majadas y en los oteros, cuando los lirios huelen, y las esquilas suenan, y las ovejas balan, y el rocío cae, las musas de todos los idilios, que pueden conmoveros y penetraros del amor feliz y campestre, se hallan á la verdad, no en Teodorito, no en Garcilaso, no en Gesner, no, en el *Cantar de los cantares*.

Hora sublime de la historia ciertamente la ignorada hora en que Gabriel se apareció á María. Cuando leéis los dos únicos Evangelios que hablan de tal aparición, seguidamente notáis las ideas dominadoras del pueblo de Israel por aquella divina sazón. Los dos evangelistas en quienes hallamos la inefable anunciación de Gabriel, San Mateo y Lucas. El Evangelio de San Marcos empieza por el cumplimiento de los antiguos anuncios. La faz de Isaías, el gran revelador, se le aparece ante todo y sobre todo con sus presentimientos proféticos tan

seguros, que van á cumplirse tales como los dijeron sus labios. El desierto habla con esa voz divina y sublime que suelen exhalar los desiertos y dice á las gentes cómo necesitan aparejar los caminos y las veredas, porque ya se acerca el Señor y ya Juan predica la remisión de los pecados. La predicación del Bautista inicia el Evangelio, pues realmente se abre por las primeras excursiones del Salvador á las orillas del Jordán, que repiten sus primeras reveladoras palabras. De igual suerte procede á su vez el cuarto evangelista. Inspirado por las ideas helénicas, la teoría del Verbo y su consubstancialidad íntima con Dios inauguran su obra celestial. En seguida Cristo aparece, predicando ya por las enrucijadas y reuniendo en torno suyo los primeros discípulos. Las dos maravillosas escenas de la inefable anunciación del ángel y de la encarnación del Mesías en las entrañas de su Madre Virgen hállanse contenidos en el Evangelio de San Mateo y en el Evangelio de San Lucas. Pero, examinando uno y otro texto, encuéntrase cada cual respectivamente influido por las ideas de los judíos, que aguardaban tan sólo una regeneración propia y de los judíos que aguardaban una regeneración universal. San Mateo atribuye al ángel promesas exclusivamente morales, por cuya virtud el hombre pecador se rescatará completamente del

pecado y declinará las tristísimas consecuencias de su culpa. El Evangelio de San Lucas parécenos mucho más judío. Las ideas particulares del templo y las históricas tradiciones del pueblo predominan mucho en su relato. Aquí ya se habla de un trono restaurado, el trono de David; y de una casa reinante para siempre, la casa de Jacob. El sentido general de la política judía predomina en San Lucas muchísimo sobre el sentido más universal de San Mateo. Sea de todo esto lo que quiera, la verdad evidentísima está en la difusión milagrosa de ciertas ideas mesiánicas por todos los espíritus y por todos los ánimos. Aquellos más tiernos, más dulces, más humanos, esperaban una redención moral; aquellos más batalladores, más patriotas, más judíos, esperaban una redención política y nacional; pero todos creían universalmente verse redimidos y todos tocaban como con las manos al Verbo de tales pensamientos y al personificador de tan múltiples y consoladoras esperanzas. Ideas así en pueblos orientales, en el sacro altar de aquellas tierras proféticas, bajo los pliegues de un cielo parecido á solio, sobre los reveladores desiertos irradiantes de fe viva, debían tomar el aspecto de ángeles y debían decir las cosas celestiales con que los emisarios y enviados del Eterno se dirigen á todos los pueblos radicalmente semitas que han

brillado en la historia. Como sobre un campo floreciente y primaveral vuelan en pos las mariposas de colores, en pos las abejas de mieles, en pos los ruiseñores de nidos, en el espíritu mesiánico, por tantas ideas animado, volaban, semejantes á obóridos, en serena y plácida noche del desierto, los ángeles del cielo.

Nada tan persistente como las ideas. El presentimiento esparcido por los senos de Israel y encarnado en la persona de Cristo, alcanza, tras veinte siglos, adoración mayor que la conseguida en los días de su aparición y de su embellecimiento. No hay sino entrar en los templos, en los museos, donde quiera que las oraciones vuelan y que las artes construyen, pintan, esculpen, para ver las brillantísimas alas del anunciador sublime, luciendo á los ojos y resonando en los oídos cual si acabaran ahora mismo de plegarse á nuestra vista y á nuestra presencia. No hay cuna de niño en el hogar desposeída hoy de un ángel que vele por ella en el nombre de Dios, y que la guarezca, en guisa de celestial escudo, con sus nítidas alas, contra los peligros y los daños del mundo. Quien, alguna vez, haya presenciado las horas del anochecer en las orillas de nuestros mares meridionales, al replegar las gaviotas sus alas en el escollo y entonar el cuclillo su cantar agudo en la campiña,

cuando las estelas comienzan á fosforear en las aguas celestes y las luciérnagas en las hierbas humedecidas por el rocío vespertino, mientras el arado vuelve al corral y vuelve al puerto el botecillo, si la campana de la oración suena, os descubrirís instintivamente y rezáis, porque al coro de tantos rumores, ante los cuadros de tan varios matices, en las esencias de poesía mística exhaladas por todos los seres que parecen aspirar á lo infinito, veis la Virgen Madre y la bendecís diciendo con el ángel: «salve, salve María, bendita tú eres entre todas las mujeres;» y un concierto universal, en que parece hasta las esferas entrar, acompaña vuestras voces y sostiene vuestra plegaria. Yo no recuerdo haber oído una vez tan sólo en valles y montañas el toque de la campana en lo alto de la torre á la oración, rezada entonces por todos cuantos la oían, sin ver como de bulto en el fondo brillantísimo de los espléndidos celajes compuestos por el beso de los mares con los cielos el ángel Gabriel, vestido de su túnica celestial, caídas las alas como por haber volado mucho, arrodillado en el suelo, con su ramo de azucenas en las manos y los ecos de la palabra divina en el vibrante labio, diciéndole á María: «llena eres de gracia.» Y, en efecto, por desdichado que parezcáis, nunca sois un expósito, desheredado por tal suerte de

afectos, que no hayáis visto y no hayáis encontrado una mujer amada en el camino de la vida. Y cuando recordáis que os animó la sangre de sus venas, que os nutrió la leche de sus pechos, que á manera del polluelo en su nido tomasteis en su alma la iniciación primera de la vida y que siempre hay un puerto para vuestras tempestades en su regazo y siempre un refugio para vuestros desengaños en su maternidad ¡ah! idolatráis á la madre y os acogéis en los naufragios continuos del mundo á los pliegues protectores de su amplio manto. Y esa madre santísima os parecerá siempre virgen, porque desearéis reunir en ella con la fecundidad la pureza. Y el dogma de la Virgen Madre se os impondrá, no tanto porque lo hayan adorado estos ó aquellos pueblos, porque lo hayan bendecido éstas ó las otras generaciones, porque lo hayan puesto en sus altares y en sus templos estas ó las otras liturgias, sino porque vuestro corazón lo necesita para explicaros todo lo que habéis amado y todo lo que habéis padecido sobre la faz del planeta en los combates de la vida. Y así veis que á las letanías rezadas por tantos cleros, dichas al són del órgano, comunicadas por las torres y sus lenguas de metal á los aires, únese otra letanía de todos los seres que hay en la creación material y de todos los seres que hay en la crea-

ción artística, pues ninguno quiere llamarse, ninguno, expósito; ¿qué digo expósito?, ninguno quiere llamarse huérfano, ninguno quiere carecer de madre. Y las amapolas con sus pétalos rojos, y los nidos con su calor vivificante, y las mieles que gotean como nutritivo alimento compuesto de luz, y el ave que sube y la estrella que baja, y los corazones que laten, y los seres que ruegan y que oran todos consagran á una ideas conscientes ó inconscientes á la Virgen Madre.

Así no debe maravillarnos que ocupe la bajada misteriosa del ángel y su anunciación milagrosísima tanto espacio en las artes cristianas. Nosotros tenemos en el Museo de Madrid una tabla, que despierta con la emoción artística la emoción religiosa en cuanto los ojos la miran. Cuatro siglos han pasado ya desde que su autor trazó en ella sus deliquios. La fe ha sufrido innumerables metamorfosis, el tecnicismo en las artes plásticas ha progresado mucho. Aquellas figuras no corresponden á la figura humana. El pintor no las ha tomado en el espacio y en el mundo. Las ha visto primero en los antiguos santuarios, en los vidrios de colores, en los intercolumnios sacros, tras nubes de incienso, iluminadas por las lámparas, y luego las ha visto en su fe ingenua, en sus oraciones diarias, en sus éxtasis continuos, en su misticismo incomprensible.

No son de aquí, no son de nosotros. Aquellos cuerpos más parecen, á la verdad, símbolos que ninguna otra cosa. Pero aquellos rostros han visto la gloria y aquellas retinas han absorbido y reconcentrado en sí el resplandor de lo invisible. Angélico de Fiesoli se llama el pintor, y Anunciación de Gabriel á la Virgen se llama la pintura. El hecho pasa en florentino palacio. Brilla el suelo reluciendo al reverbeo de los mármoles. Las columnas de corte griego y los arcos de corte romano recuerdan el renacimiento florentino. Y en tan pagano escenario se confunden con el idealismo puro de un monje sin pecado el realborear de las artes antiguas, bien que idealizadas por algo tan sublime como los ensueños de Platón y como los capítulos del Evangelio. El ángel, vestido con túnica muy bordada y coronado por nimbo muy reluciente, anuncia, inclinándose á María, la Encarnación del Verbo. Y la Virgen, recogida, humilde, anegada en aquella luz, estática y fuera de sí al eco de aquellas palabras, las manos plegadas, los ojos bajos, el pudor virginal en las mejillas, el arrobamiento en todo su sér, representa la más extraña y singular de todas las conformidades, la conformidad con una grandeza que sólo puede admitir la sierva del Señor por obediencia incontrastable al mandato supremo y al divino pensamiento. Aunque todo allí

sea profano, el ajuar de la época, el escenario florentino, los trajes que se parecen todos á cuantos veía en su tiempo, aquellos rostros, aquellas miradas, aquellos aleteos, los nimbos y aureolas, aquellas figuras místicas, el ángel y la Virgen os transportan á Nazareth y os revelan el primero entre los misterios de nuestra redención. Hay que adorar por necesidad al angélico artista. Cualquiera diría que torna de los cielos y que trae consigo una corte de santos y de ángeles. Ha recommenzado ya lo que podríamos llamar el neopaganismo; se han abierto los antiguos sepulcros y han resucitado las olvidadas estatuas; Platón ha conseguido lámparas y altares como Cristo; las renacientes Galateas han entrado en los brillantísimos lomos de sus tritones hasta las capillas donde rezan los fieles á las Vírgenes: y el Angélico pintor, de rodillas en el cenobio como quien dice misa ó practica un sacramento cualquiera de su liturgia y de su orden, va dejando sobre las tablas, al culto de las almas tiernas, sus santos beatíficos, sus vírgenes inmaculadas, sus ángeles recién llegados de lo infinito, contemplado todo con los ojos de un éxtasis intenso y visto en el éter de una inspiración completamente mística.